

Las subastas y el nuevo escenario del desarrollo renovable

José María González Moya

Director General de APPA Renovables

La historia de las renovables en España ha sido la de un constante desafío a las creencias establecidas. Si hace una década, justo en el momento de la explosión fotovoltaica gracias a una combinación de primas generosas, abandono del ladrillo y nefasta regulación; nos hubieran dicho que la solar fotovoltaica podría competir en precio no solo con la eólica sino con el resto de formas de generación tradicionales, posiblemente nos habríamos echado a reír.

Sin embargo, con una reducción de costes del 85% en los últimos 7 años, según el banco de inversiones Lazard, la tecnología que era un ejemplo negativo de renovable "cara", hoy es un caso de éxito que debe ser muy tenido en cuenta.

Si hemos sido capaces, con el esfuerzo combinado de Gobiernos, empresas y ciudadanos, de crear las condiciones adecuadas para que la solar fotovoltaica haya recorrido el camino hasta la competitividad, es posible que también podamos hacerlo con otras tecnologías que, igualmente a la fotovoltaica de entonces, hoy consideramos caras y fuera de mercado.

Las renovables son nuestro futuro... y nuestro presente

El consumo energético crece casi de forma exponencial. Este crecimiento está motivado, a grandes rasgos, por dos hechos fundamentales. Por un lado, el normal desarrollo socioeconómico de los países, que, al aumentar su calidad de vida, aumentan también su consumo energético individual. Por otro lado, al propio crecimiento poblacional. Se estima que para el año 2050, superemos los 9.100 millones de habitantes en nuestro planeta.

Esta demanda de energía debemos cubrirla de alguna manera. Si además añadimos el condicionante de los compromisos alcanzados en materia de cambio climático, las conclusiones no pueden ser más evidentes. La Agencia Internacional de la Energía (AIE) en su *World Energy Outlook 2016*, marcaba una previsión que refuerza la idea de que, en un futuro próximo, el papel de las energías renovables será aún más importante. Según la AIE, el 37% de la generación eléctrica mundial será renovable en 2040. Teniendo en cuenta que hoy apenas supera el 23%, estamos hablando de un crecimiento de trece puntos porcentuales en 23 años.

El crecimiento que pronostica la AIE será aún mayor si los países buscan evitar un calentamiento global superior a los 2 °C para el año 2100. En ese escenario, tenemos que conseguir en este siglo una rápida transición a una generación energética neutra en carbono, lo que aumentaría drásticamente el porcentaje de renovables en producción eléctrica hasta el 60% del total. Recordemos que todos estos datos y escenarios provienen de la Agencia Internacional de la Energía, que no se ha caracterizado en el pasado por posicionarse claramente a favor de las energías limpias.

El caso disonante de la Administración Trump

El presidente estadounidense Donald Trump no es amigo de las medias tintas. Cuando se le preguntaba sobre los problemas del cambio climático, Trump respondía que el principal problema era la cantidad de recursos e inversiones destinadas a desarrollar nuevas tecnologías. Sobre la eólica, un caso de éxito a nivel mundial, el presidente norteamericano tiene también opiniones particulares; "la eólica mata a todas las águilas" o "sin subvenciones no funciona" son algunos de los "elogios" que Trump regala a esta forma de generación. Realmente las

turbinas son solo responsables del 5% de todas las muertes antropogénicas de las águilas en Estados Unidos y, en las zonas con recurso, ya es más barato generar electricidad con eólica que con cualquier otra fuente fósil. Pero en esta era de la “postverdad” no debemos evitar que la realidad nos estropee un buen titular.

Con ese cúmulo de ideas preconcebidas, el presidente Trump escogió desvincular a Estados Unidos de los compromisos propios de la lucha contra el cambio climático. Sin embargo, la peor parte no la sufrirán el resto de países comprometidos con la descarbonización sino un país, Estados Unidos, que no avanzará lo suficiente en la revolución energética del siglo XXI.

Le convendría saber a Trump que el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC) no solo es respetado por la cantidad de países que colaboran, sino que sus informes se elaboran por consenso. Cuando el IPCC aumentó del 90% al 95% el grado de confianza en que la actividad humana es responsable del calentamiento global, este dato está firmado por todos los científicos, también los que provienen de países con grandes intereses en carbón, petróleo o gas.

Decir que la actividad del hombre es, con una certeza del 95%, responsable del cambio climático no es ninguna tontería. Pero lo peor no es que una de las principales economías del mundo deje de tener un apoyo federal a la lucha contra el cambio climático. Lo peor, es que Trump amenaza a su país con quedarse atrás en uno de los pilares de la nueva economía.

Uno de los pilares de la nueva economía

Podemos discutir acerca de cuáles serán los principales pilares económicos de

este siglo XXI. La revolución del *Big Data*, la interconexión de industria y comercio que producirá el Internet de las Cosas (IoT) o los cambios que se producirán en el transporte de personas y mercancías con la irrupción del vehículo autónomo y el eléctrico. De lo que casi nadie discute ya es del peso que las energías renovables tendrán en la economía de este siglo.

Los informes que publican no ya las empresas o asociaciones de energías renovables, sino los propios bancos de inversiones, certifican que las renovables están ya entrando en una nueva era. Según Lazard, el coste de la fotovoltaica ha disminuido un 85% en el período 2009-2016 y la eólica ha experimentado una reducción del 66% en el mismo tiempo.

Esta reducción espectacular de costes del 85% y el 66% en 7 años se ha producido por una apuesta decidida por estas tecnologías. Unas inversiones que no se habrían llevado a cabo si se hubiera limitado el desarrollo tecnológico únicamente al escenario “*business as usual*”. Hemos conseguido que tecnologías que no eran competitivas solo por su precio, hoy lo sean. Y todas esas externalidades positivas que tienen (medioambientales, sociales, mayor generación distribuida, independencia energética...) hoy podemos disfrutarlas sin pagar más por ellas.

Una vez alcanzadas estas reducciones de costes, hoy sabemos que es posible, por lo que podemos impulsar otras tecnologías renovables para que recorran el mismo camino. No solo esto, sino que al haberse reducido los costes, las compañías y los ciudadanos están ante otro escenario. En esas tecnologías ya no se buscan ayudas para su desarrollo, únicamente se pide que no se pongan trabas al mismo.

Los empleos energéticos del futuro serán renovables

Según los datos de la Agencia Internacional de la Energía, se instalan más renovables a nivel mundial que energías fósiles – el 55% de la nueva potencia en 2016 fue renovable – y ese desarrollo no se limita a países desarrollados que buscan un mayor compromiso ambiental. También países en vías de desarrollo que saben que las energías renovables les proporcionan una energía a precios controlados – cada vez más bajos – y un desarrollo industrial y de empleos que no proporcionan otras tecnologías de generación.

En el año 2005 la inversión en renovables era, principalmente, algo propio de países desarrollados. Ese año se dedicaron 53.000 millones de dólares a inversión en renovables en los países desarrollados por 20.000 en países en vías de desarrollo: el 72% de la inversión era de los países más ricos. En 2015, este dato casi se ha dado la vuelta. 130.000 millones de dólares los países desarrollados por 156.000 millones en países en vías de desarrollo: el 54% de la inversión ya se realizó en los países en vías de desarrollo. Aunque China, India y Brasil siguen liderando las inversiones de estos países, se está viendo un crecimiento importante también en el resto.

A nivel de trabajo, los empleos generados por las energías renovables no han dejado de aumentar a nivel global desde el año 2012, según los datos de IRENA. Esto se produce no solo por la mayor implantación de renovables, bien por compromisos o por decisiones estratégicas, sino también porque, al tratarse de energía dispersa y descentralizada, las energías renovables generan más puestos de trabajo por unidad de energía y ayudan a fijar empleo local en zonas rurales.

En 2016, los empleos renovables un 2,8% superando los 8,3 millones de trabajadores

de forma directa, siendo China, Brasil, Estados Unidos, India, Japón y Alemania los principales mercados. Las grandes economías mundiales, tanto las desarrolladas como las emergentes, son las que más trabajadores emplean. Por tecnologías, fotovoltaica (3,1 millones de empleos), eólica (1,2) y biocombustibles (1,7) son las grandes empleadoras. Las grandes hidráulicas contribuyen con 1,5 millones de empleos.

¿Qué ocurre en España? Pues que, a nivel de empleo, aún sufrimos el parón renovable que, esperemos, cambiará con las subastas recientes. Unas subastas inesperadas y carentes de planificación y consenso pero que van a comenzar a revitalizar el sector. Un sector que emplea en nuestro país a más de 75.000 personas y que llegó a contar con 143.000 trabajadores.

Las renovables en el Mundo

En abril de este año, la ONU, en colaboración con Bloomberg y el Centro de Colaboración Frankfurt School-UNEP confirmó que la implantación mundial de renovables está acelerando. Durante 2016, se instalaron un total de 138,5 GW de energías renovables. El dato exacto varía según la fuente, dado que unas contabilizan gran hidráulica y otras no.

Los 138,5 GW son noticia por 2 motivos: en primer lugar, es un nuevo récord histórico de implantación renovable, superando en un 9% lo que se implementó en 2015. Por otro lado, esta instalación superó a la potencia tradicional: el 55% de la nueva potencia mundial fue renovable.

Por otro lado, es importante resaltar que ese crecimiento del 9% se consiguió con una inversión un 23% menor. Cuando se da el dato de que las tecnologías renovables están reduciendo sus costes parece algo anecdótico pero cuando se miran los números en

su conjunto los datos cobran más sentido. Un crecimiento del 9% con un ahorro del 23% es algo que bien nos gustaría para cualquiera de las empresas u organismos en los que trabajamos.

Crecimiento internacional, parálisis en España

A nivel nacional, somos completamente ajenos a esta explosión renovable que está viviendo nuestro planeta. Apenas 38 megavatios eólicos, 13 fotovoltaicos, 3 minihidráulicos... no son, en absoluto, motivos para sentirnos orgullosos del ritmo de implantación nacional. Podemos alegar que tenemos un sistema eléctrico sobredimensionado en capacidad pero, en usos térmicos tampoco hay buenas noticias. La solar térmica encadena 3 años consecutivos de descensos y cerró 2016 con 212.000 m² instalados. Cifra muy lejana de los 465.000 que se instalaron en 2008. En geotermia y biogás para usos térmicos hay leves repuntes pero que tampoco invitan a un excesivo optimismo.

Con estos ligeros crecimientos no son de extrañar los datos que maneja Eurostat sobre el cumplimiento de los objetivos vinculantes que tenemos comprometidos para 2020. Un leve crecimiento del 0,1% en 2015 que nos sitúa en el 16,2% respecto al objetivo del 20% para dentro de solo tres años. Está claro que no vamos bien.

El alejamiento de los objetivos no obedece a una razón técnica sino a una cuestión política. La parálisis renovable que fue decretada por el Gobierno Rajoy ha hecho mucho daño a la industria pero también a la senda marcada para alcanzar nuestros compromisos europeos. La propia Ley del Sector Eléctrico (24/2013) ya adelanta esta política cuando se refiere a que solo se establecerán regímenes retributivos cuando exista una obligación de cumplimiento de objetivos energéticos

derivados de Directivas o suponga una reducción del coste energético. Esto, en román paladín, viene a decir que sólo se impulsarán las energías renovables si nos obligan a ello.

Una dependencia energética que lastra la balanza comercial

Es potestad del legislador establecer la política energética pero ignorar las repercusiones futuras de las decisiones actuales es una grave irresponsabilidad. España tiene una dependencia energética del 72,8%, casi veinte puntos porcentuales superior a la media europea que se situó en 2015 en el 53,4%. Esto hace que nuestra economía sea excesivamente dependiente de las fluctuaciones en los precios de los hidrocarburos.

Si no contabilizásemos el déficit comercial que producen los intercambios comerciales de hidrocarburos, nuestra economía habría tenido superávit los años 2012, 2013 y 2014. Nuestra alta dependencia energética lastra la balanza de pagos de forma importante. No nos queda sino sonrojarnos cuando escuchamos a responsables políticos decir que gracias al entorno actual de precios bajos del barril de petróleo nuestra economía se está ahorrando 10.000 millones de euros anuales. Entendemos que estos responsables políticos creen que el barril no volverá a subir nunca, porque si no se llevarían a cabo medidas más decididas para modificar nuestra dependencia de los combustibles fósiles, una dependencia casi trágica en el sector transporte.

Unas subastas precipitadas

Como vemos, las razones que llevan al Gobierno actual a la convocatoria de subastas obedecen más a la obligación de aumentar las renovables en el sistema para cumplir con los objetivos que a un convencimiento claro de que estas energías deben ser un pilar estratégico de nuestra economía.

En todo discurso ministerial se hace referencia al precio de la tarifa eléctrica y no a cuestiones que también afectan a nuestra economía como es la generación de empleo, la fijación de poblaciones en zonas rurales o el desarrollo de una industria fuerte que nos permita exportar y competir con garantías en los mercados internacionales.

En la presentación del Balance Energético 2016 y Perspectivas 2017 organizado por el Club Español de la Energía, el Secretario de Estado de Energía defendía una transición energética meditada y una evolución lenta. Estamos totalmente de acuerdo en lo primero pero no en lo segundo. Que sea lento o rápido el cambio es algo que no nos compete decidir pero lo que sí tenemos que defender es que se haga bien. Que no se establezca una retribución para después no ser consecuente, que no se haga una ley para pasado mañana modificarla. El sector renovable, como el resto de tecnologías energéticas, lleva a cabo inversiones a veinte y treinta años vista. La improvisación y los cambios de ritmo no deberían tener cabida en la política energética.

Apenas dos meses después de esas declaraciones, se llevó a cabo una subasta de 3.000 MW y, casi a renglón seguido, se anunció por sorpresa otra nueva subasta de potencia similar (2.000 MW pero con posibilidad de ampliación). ¿Qué cambió en esos dos meses para que pasáramos de una transición "lenta" a encadenar dos subastas de tanto calado? Por un lado, el Ministerio se encontró con unas ofertas que demuestran la competitividad que han alcanzado algunas tecnologías. Por otro lado, un fuerte interés de las empresas que, tras cinco años de parálisis, están necesitadas de nuevos proyectos.

Sin embargo, hay muchas cosas que deberíamos mejorar en este desarrollo y un hecho que no debemos olvidar. En lo mejorable,

preguntar por qué no se han realizado subastas específicas por tecnologías y se ha defendido una "neutralidad tecnológica" que se ha demostrado falsa. Sin subastas específicas negamos a biomasa, minihidráulica y el resto de tecnologías la posibilidad de desarrollarse y experimentar la reducción de costes que han vivido eólica y fotovoltaica. Otro aspecto mejorable es la innecesaria complejidad de la subasta o la incertidumbre que supone no fijar la rentabilidad razonable para toda la vida útil del proyecto. Por último, debemos recordar el motivo último de las subastas: la incorporación de las renovables al sistema.

El Gobierno hace bien en considerar un éxito la subasta ya celebrada pero no puede olvidar que la subasta es una herramienta para conseguir un fin y no un objetivo en sí mismo. Cuando las compañías encuentren financiación – porque las entidades consideren que nuestra regulación es estable y confiable –; los proyectos estén instalados y las empresas generando empleo estable y de calidad, entonces habremos conseguido el objetivo, no antes.

El futuro de las renovables en España

Con todo, el ministro Nadal reconoció en sede parlamentaria que estas subastas nos llevarían al 19,5% si los proyectos se llevaran a cabo, algo que será complicado debido a la excesiva concentración. Estamos pidiendo a un sector que ha estado cinco años paralizado por decreto, que instale más de 5.000 MW renovables en dos años y medio.

Aún si todo fuera perfecto, si las empresas consiguiesen la financiación necesaria, los proveedores suministrasen la maquinaria, los profesionales estuvieran disponibles y las administraciones respondiesen favorablemente, nos encontraríamos aún alejados del 20%.

¿Cómo podemos alcanzar el objetivo? Debemos mirar hacia los sectores difusos y no cargar toda la responsabilidad en el *mix* eléctrico. Los usos térmicos y de transporte de las energías renovables deben ser también tenidos en cuenta. Biocarburantes, geotermia, biogás... estas tecnologías aún tienen mucho que decir y debemos incentivar su uso. Para poder abarcar con éxito la empresa de aumentar las renovables en los sectores difusos es necesario que demos pasos decididos para socializar la energía en aquellas tecnologías que así lo permitan.

El autoconsumo, ya sea con fotovoltaica, minieólica o biogás, debe desarrollarse de manera racional pero sin miedos. Escudarse en que unos paneles fotovoltaicos en el tejado van a afectar a la viabilidad económica del sistema no es serio, más aún cuando esos consumidores siguen pagando íntegro el término de potencia. Debemos dejar de poner trabas a las renovables, más aún cuando su implantación puede servir para concienciar a los propios ciudadanos del uso que hacen de la energía.

España es un país afortunado pues cuenta con un magnífico recurso renovable. También cuenta con empresas y profesionales que están decididos a contribuir al cambio de modelo energético, tal y como se ha demostrado en la aceptación que las subastas han tenido por parte de las empresas. El Gobierno, con estos mimbres, debe construir un futuro energético sostenible que responda al reto que nos plantea el cambio de modelo. La forma en que afrontemos esta transición energética condicionará el futuro de nuestra economía por lo que necesitamos estrategias claras y escenarios previsibles. Tanto para las tecnologías entrantes como para las salientes. Planificación, predictibilidad y seguridad jurídica son los pilares sobre los que debe asentarse la evolución energética. De esta forma, iremos consiguiendo, de forma gradual, una energía competitiva, limpia y sostenible. ■